
foundation hispanic

LA VIRGEN DE LA ACADEMIA

LEYENDA RELIGIOSA

POR

DON GASPAR BONO SERRANO,

PRESBÍTERO,

Caballero de la distinguida Orden española de Cárlos III, y Comendador de la Americana de Isabel la Católica, entre los Arcades de Roma Argiro Latmio, sócio de doble mérito de la Academia Bibliográfico Mariana de Lérida, de la Económica Numantina de Soria y de la de Amigos del pais de Zaragoza.

LÉRIDA:

IMPRENTA DE CARRUEZ.
1872.

LA VIRGEN DE LA ACADEMIA.

LEYENDA.

Refugium peccatorum.

Flaco mortal, cuando llores
Con lágrimas de amargura
Culpas, miserias, errores,
Acude á la Virgen pura,
Refugio de pecadores.

POETA.

I.

Del Ebro en la pacífica ribera,
Donde el templo refleja de María,
Cuando el sol en sus aguas reverbera
Al sonreir de abril sereno dia
Aspirando el perfume de las flores
Hoy ensayé dulcísonos loores.
Loores á la Virgen sin mancilla,
Privilegiada Madre de aquel Verbo
Que víctima en el Gólgota se humilla,

A fin de trasformar en hijo al siervo,
Y las puertas abrir del paraiso,
Que el pecador Adan cerrarnos quiso.
Loores gratos de filial ternura
A la que plugo en la dichosa España
Honrar del Ebro con su planta pura
Las márgenes cubiertas de espadaña,
Dejando aquí su efigie. ¡Feliz vega!
¡Feliz el rio que la baña y riega!
¡Felices, venturosos habitantes
Los de la capital noble y famosa,
Que lágrimas derraman suplicantes
Ante aquella columna milagrosa!
¡Pilar..... divina imágen..... sacros dones,
Que envidian las católicas naciones!
Apenas pudorosa esta mañana,
Cual casta jóven, asomó la aurora,
La cumbre del Moncayo allá lejana
Bañando con su luz encantadora,
Salí de la ciudad donde Maria
Recibe culto de la patria mia.
Atrás dejando la ferrada *puerta*
Que desde tiempo inmemorial el nombre
Del ángel tiene, y aparece abierta,
No bien el alba regocija al hombre,
El pié dirijo al prado mas ameno,
De pinos y verdor y rosas lleno.
Suena en la torre del Pilar cercana,
Cuando el grato vergel mi planta pisa,
Con sonorosa voz grave campana,
Que anuncia la plegaria, y despues Misa,
Y el *Ave* de Gabriel digo tres veces

Donde exhaló el Apóstol santas preces.
En el soto, en el bosque y en la umbría,
Y en la campiña, y olivar y monte,
Resuena de las aves la armonía,
Y el eco fiel repite al horizonte
El nombre de María en lontananza,
Cual tributo de amor y de alabanza.
De las canoras aves el ejemplo,
Mi fé cristiana y devocion aumenta
A la Madre de Dios; mi lira templo
Con fárvido entusiasmo que me alienta,
Y acompañando á dulces ruiseñores;
Así canté, benévolos lectores.

II.

Virgen María,
Madre de Dios,
Vida y consuelo
Del pecador;
Oid benigna,
Oid mi voz,
Que blanda suena
En tu loor.
¿A quién, Señora,
Pudiera yo
Pedir el fuego,
La inspiracion,
Que tu cariño
Nunca negó
Para tus glorias
Cantar mejor?

Pues tanto puedes
Con Sabaot,
Dame bondosa
Tu proteccion.
¡Ah! no desdeñes
Mi ruego, no,
Cuando postrado
Pido favor.
INMACULADA,
Prez de Sion,
Reina del cielo,
Si me oyes hoy,
Tu dulce nombre,
Nombre de amor,
Desde este clima,
Do brilla el sol,
Llevaré á zonas
Del septentrion,
Que siempre enlutan
Sombras de horror.

III.

No bien en filial súplica á Maria
Ansias del corazon mi lábio espresa,
Y enmudece la pobre lira mia,
Escucho de repente con sorpresa,
En la vecina selva mas umbría,
Una voz tan süave que embelesa,
Y de laud armónico al sonido,
De esta manera regaló mi oido:

IV.

Callad cielos y tierra,
Callad por un momento,
Y en esta fértil sierra
Enmudezca el aliento,
Con que perturba el céfiro
Del campo la quietud.
¡Oh, dia suspirado!
La Virgen triunfadora
De Luzbel, que aherrojado
En el averno llora,
Con apacibles cánticos
Resuena en mi laud.
Y tú, que viste, ó rio,
En tus verdes orillas
De Dios el poderío,
De Dios las maravillas,
Pues viste del Empíreo
A la Reina inmortal;
En tu márgen amena,
Que te envidian los mares,
Ebro feliz, enfrena,
Al oir mis cantares,
Esa corriente rápida
De líquido cristal.
¡Oh! Virgen casta y pura
Mas que los mismos coros,
Que en la celeste altura
Ensalzarte sonoros

Cual Madre del Altísimo
Acostumbran sin fin;
En esta solitaria
Selva fértil y umbrosa,
Escucha la plegaria
De un alma religiosa,
Que quisiera ser émula
De ardiente querubin.
Escucha dulce ruego,
Que humilde te dirijo,
Y de amor santo el fuego,
Mi Salvador, tu Hijo,
Acrecerá en mi espíritu,
Hoy tan frio y glacial.
Y en la sangre lavado
Que por los pecadores
Derramó su costado,
Me verá tus loores
Cantar, Madre amantísima,
La patria celestial.

V.

Callaba el trovador, y todavía,
Arrobado, escuchar su dulce canto
En plácida ilusion me parecia;
Con prontitud empero me levanto
Del suelo ornado de mullida grama,
Y corro al bosque do laud me llama.
Entre mil pinos de agradable sombra,
En cuya copa la avecilla canta,

Y de esmeralda y flores por alfombra
Deslizándose rápida mi planta,
De aquel retiro en silencioso centro
Al divino cantor por fin encuentro.
Ornanle canas de la edad madera,
Aguileña nariz, ojos modestos,
Espesa barba y negra vestidura;
Y aparecen tambien cien y cien restos
Del que valiente manejó tizona
En su mirar y su gentil persona.
Arrimado bordon de peregrino
Con su calabacilla á mano diestra,
Cruz al pecho, sombrero de camino,
Conchas en la esclavina.... todo muestra
Al que viene á besar como romero
El Pilar sacro en el pais ibero.
De admiracion y de respeto mudo,
Con descubierta y despoblada frente
Al inspirado trovador saludo;
Mas él risueño, amable y complaciente,
Con digno y militar desembarazo
Viene y me estrecha en fraternal abrazo.
Nos tratamos al punto como amigos,
Cual hermanos mas bien que son gemelos,
Del ósculo de paz siendo testigos
Los árboles, y flores y arroyuelos
Que amenizan el soto y la pradera,
Y embellecen del Ebro la ribera.
Avido yo de conocer su historia,
Al rogarle con grata cortesia
Que, si no se fatiga su memoria,
Por complacer á un vate de Maria,

Despues de descansar me la refiera,
El Peregrino habló de esta manera.

PEREGRINO.

—

VI.

Hermano mio, soy hijo
De un francés y una española,
Piadosa dama, nacida
En la inmortal Zaragoza.
Mi nombre es Manuel Ducrós
Y Lizana de Zaporta,
Apellidos que Sobrarbe
Recuerda en montes y rocas.
De Angulema con el Duque
Atravesó el Vidasoa
Mi padre, que en esta vega
Halló la dicha en su esposa.
A los dos años nací
En mi querida Narbona,
Que á Domingo de Guzman
Aun conserva en la memoria.
El que me dió la existencia
Fué capitan de las tropas
Que, sin lidiar en España,
Partieron despues heróicas
A la conquista de Argel,
En cuyas puertas con gloria
Mi padre murió á los filos

De una cimitarra corva.
Yo quedé huérfano y pobre,
Y pronto en dura mazmorra
Mi madre me consolaba
Con los besos de su boca.
Dios, que siempre la inocencia
Y la virtud galardona,
Nos abrevió como Padre
De aquel martirio las horas.
Libres del áspero encierro,
De la esclavitud y argolla,
Arribar logramos pronto
A la márgen del Garona.
Mas ¡ó dolor! ¡ó infortunio!
Mi madre murió en Tolosa
Cuando yo, infeliz, tenia
Pocos años, fuerzas pocas.
En compañia de un tio,
Capellan de la parroquia
Que á San Saturnino mártir
Como á su patron invoca,
Aprendí á temer á Dios,
Matemáticas, historia,
Geografía, y en suma
Las lenguas de Grecia y Roma.
¡Pobre tio de mi alma!
Su venerable persona,
Su Crucifijo y breviario
Me parece ver ahora.
Lloré á mi segundo padre
Cuando á los mozos acosan
Las turbulentas pasiones,

En la niñez silenciosas.
Mas luego la espada ciño,
Y me cubro con la cota
Del que me engendró, bañada
Con su sangre generosa.
Cota y espada que entonces
Mi blason, mi ejecutoria
Fueron, mas hoy, cual trofeos,
Templo de Maria adornan.
Aun no habian alumbrado
A la Argelia veinte auroras,
Cuando crucé aquel acero
Con esclavos de Mahoma.
Mas de una vez con la sangre
De mis heridas honrosas,
Que me dejaron inútil,
Y rojo licor aun brotan,
Por mi Dios y por mi pátria
Bañé la Libia riscosa,
Donde nació San Cipriano,
Y el grande Obispo de Hipona.
Inválido ya, sin fuerzas
Para fatigas penosas
De la encarnizada lucha
Con las africanas hordas,
Tuve por fin que alejarme
De la ensangrentada costa,
Donde la cruz los franceses
Guardan y humildes adoran.
A mis bravos camaradas,
Tan dignos de eterna loa,
Dije *adios*, vertiendo todos

Lágrimas tristes, copiosas.
Parte ligera la nave
Que á mi pátria me trasporta,
Do saludé venturoso
Las murallas de Narbona.

POETA.

—

VII.

Descansad, hermano mio,
Breves momentos, si os place,
Para continuar la historia
Mas bella y edificante,
¡Con qué placer os escucho!
Dios, cual amoroso Padre,
Os libertó en las batallas
De las gumías y alfanges,
Conservando vuestra vida
Para servirle y amarle,
Y ensalzar en sacros himnos
A su pura Virgen Madre.
¡Feliz trovador! El Ebro,
Al resonar en su márgen
Vuestros números acordes,
Vuestros divinos cantares,
Creyó las doradas cuerdas
Oir de Prudencio el vate,
Que de David con el arpa
En el templo alternan graves.

De ese venturoso rio
El custodio, el santo Angel,
Al oir vuestro laud
Tan apacible y suave,
Inclinó su cana frente
Al nombre dulce, inefable
De aquella que es luz y vida
De los míseros mortales.
Perdonad la interrupcion,
Y seguid, seguid amable,
Pues como el iman al hierro
Vuestras palabras me atraen.

PEREGRINO.

—

VIII.

La noche en que fatigado,
Volviendo feliz de Argel,
Al dulce pueblo natal
Convaleciente arribé,
No bien saludo los lares
Con delicioso placer,
Do mi madre me enseñaba
Rudimentos de la fé,
El descanso apetecido
Tras largo viaje, tras cien
Y cien afanes, en brazos
Del grato sueño busqué.
Antes de cerrar mis ojos,

Tomando el Rosario aquel (1)
Que de mi madre conservo
Como joya de alta prez,
Por su reposo eternal
Con tierno lloro rogué
A Dios y á la Vírgen Santa,
Que al Verbo parió en Belén.
Terminada mi oracion,
Con sosiego descansé,
Tranquilo como el que solo
Al Señor debe temer.
¡O sueño consolador!
El casto mozo José
No tuvo sueños tan gratos
En los campos de Israel,
Ni en las orillas del Nilo.
Oid, hermano: soñé
Que sonreia mi madre,
Señalando la pared
Do la efigie de Maria
Se veia en un dosel,
A la que los dos mil veces
Rezamos en mi niñez.
«Esa es tu Madre (me dijo),
»La misma que de Luzbel
»Holló la cerviz; tu escudo,
»Tu amparo en la guerra fue.
»No lo olvides, no lo olvides:
»Con cristiana candidez
»Implora su proteccion,
»Que es muy grande su poder.
»Oye la voz maternal;

»Apenas veas nacer
»La luz del sol por las cumbres,
»Toma ligero corcel:
»De Font-froid al monasterio,
»Que leguas tan solo tres
»Dista de aquí, santo asilo
»Y de virtudes plantel,
»Parte veloz. Allí viven,
»Orando y haciendo bien
»Al mundo que los desprecia,
»Al mundo ingrato y cruel,
»Muchos siervos de María
»Con el Obispo Claret (2),
»Apóstol de infeliz siglo
»Que en Dios no quiere creer.
»Cuanto el prelado te mande
»Obedecerás, Manuel,
»Y adios, adios..... Que te asista
»La Vírgen de Nazaret.»
Calló mi madre, gozoso
Yo súbito desperté,
Y vi la naciente aurora
Mostrando su rosicler.

POETA.

—

IX.

Permitid, amigo mio,
Que breves palabras díga
Sobre el Obispo indicado
Por vuestra madre querida.
El mundo le calumnió
Con las lenguas viperinas
Que á los fieles calumniaban,
De la Iglesia primitiva.
Me confesé muchas veces
Con el prelado. La misma
Santa Teresa en su tiempo
Con él se confesaría.
Sus palabras, de uncion llenas,
Tan breves como sencillas,
Al pecador alentaban,
Al justo fortalecian.
Con su candor infantil,
Con su penitente vida,
Asombró á Cuba y á Roma,
Y á la Corte de Castilla.
Sus católicos escritos,
Y pláticas y homilias,
Al pueblo y aun á los doctos
De edificacion servian.

El santo varon, en suma,
Blanco de crueles iras
Con que en él se ensangrentaron
La ignorancia y la perfidia,
Fué la gloria de su patria:
Os lo dice y atestígua
Quien de cerca, muy de cerca,
Al buen Claret conocia.

PEREGRINO.

—

X.

El Sol fulgente doraba
Con sus primeros albores
Los mas elevados cerros,
Las mas elevadas torres,
Cuando salí de Narbona
Corriendo á todo galope
En corcel, hijo de Atlas,
Y negro como la noche.
En un alazan brioso
Que pació en el Guadalorce,
Seguia á corta distancia
Mi buen escudero Lopez,
Atlético aragonés
Forzudo, valiente, noble,
Y mucho mas fiel á su amo
Que un mastin á sus pastores.
En la campaña de Argel

Mil veces con los mandobles
De su toledano acero
Sirvió á los bravos de norte.
Cual relámpagos que al trueno
Preceden siempre veloces
En la tempestad sombría
Que encapota el horizonte,
Atravesando calzadas,
Verdes llanos, negros bosques,
En Font-froid descabalgamos
Junto á sus puertas de roble.
Desde el campanario á Misa
Ya con su lengua de bronce
Llamaba esquilon sonoro,
Redoblando sus clamores.
Entro en la iglesia, y escucho
Gratas y armónicas voces,
Que pausadas en el coro
Las horas cantan menores.
El templo al punto se llena
De mujeres, ricos, pobres,
De muchachos y de niñas,
Y viejos y gente jóven.
Sale á un altar de la Virgen
Venerable sacerdote,
Y ofrece víctima santa
Que murió por pecadores.
Nos bendice, y se retira
Rezando los oraciones,
Que siguen al sacrificio
Incruento del Dios-hombre.
Le sigo á la sacristía.

Y el buen clérigo llevóme
A la celda en que el Obispo
Vivia cual simple monje.

POETA.

—

XI.

Feliz, feliz y dichoso
El venerable prelado,
Que en aquel plácido asilo
Residia solitario.
No son muchos, por desgracia,
Dignos de ser envidiados
Como el difunto; el Señor
Le dé su eternal descanso.
Si no fué por dicha suya
Ni un *filósofo,* ni un *sábio*,
Como Voltaire y Renan,
Que son de los necios pasmo,
Fué respetable español,
Y sobre todo fué un santo,
Que murió cual vivió siempre
Humilde á Dios invocando.
En siglo vivió de hierro,
Mas vivió cual San Bernardo,
Vicente Ferrer, Javieres,
Ildefonsos y Leandros,
Futuras generaciones
De los tiempos mas lejanos

Admirarán de Claret
El nombre digno y preclaro.
Dichoso el moderno apóstol,
Que en Font-froid retirado.
Con su eremítica vida,
Su Crucifijo y rosario,
Disfrutaba de mas paz
Que los pobres soberanos,
Monarcas de los imperios
Mas poderosos y vastos.
Dichoso mil y mil veces,
Pues vió terminar los años
De su ejemplar existencia
Tan tranquilo y sosegado,
Como el viajero en la playa
Al saltar de rota nao,
Que tragan voraces olas
Con que ruje el Oceáno.

PEREGRINO.

—

XII.

Razon teneis; os lo afirma
Quien lloroso, enternecido,
Vió morir en pobre lecho
Al venerable Arzobispo.
¡Qué preciosa, qué envidiable,
Qué santa su muerte ha sido,
Al fallecer del Señor

En el ósculo divino!
Pidiendo perdon á todos
Con el rostro compungido,
A la Virgen invocando
Y adorando el Crucifijo,
Viéronle espirar mis ojos,
Hechos de llanto dos rios,
Como los de aquellos padres
Sus misioneros queridos,
Que amables lo recibieron
En su venerando asilo,
Bien agenos de que pronto
Sería cadáver frio.
De la próxima Narbona,
Campos y pueblos vecinos
Acudian cual enjambre,
Mujeres, viejos y niños,
Sacerdotes, legos, nobles,
Plebeyos, pobres y ricos,
Para asistir al entierro
De aquel prelado tan digno,
A quien todos veneraban
Con el mas filial cariño,
Mirándole cual apóstol,
Como á santo de este siglo.
Al colocarlo en la tumba
Todo era llanto, gemidos,
Mezclados con oraciones
Que subian al Empíreo.
Me complace consignar
Que al buen escudero mio,
Derramar por vez primera

Ví lágrimas hilo á hilo.
Veo que llorais tambien;
¿Qué estraño es, mi caro amigo,
Si al respetable difunto
Por dicha habeis conocido?

POETA.

—

XIII.

Es cierto, por eso lloro;
¿Y quién no ha de lamentar
Su muerte, en el tiempo este
De tanta incredulidad?
Cuando la fé se amortigua,
O mejor dicho se va
De algunos pueblos de Europa,
Y en su carroza triunfal
Ostenta el error ceñuda
Su cabeza de Satan,
Erguida como Cain
Su víctima al ver audaz,
Lágrimas del corazon
Es forzoso derramar
Sobre la tumba modesta
Y lápida sepulcral,
Que nos encubre á los ojos
A un sacerdote de paz,
A un Obispo venerable,
Cadáver y polvo ya.

¿Qué español, qué español digno
Puede olvidarse jamás
De las virtudes que ornaron
Al prelado catalán?

PEREGRINO.

—

XIV.

Tres ó cuatro dias antes
Del feliz fallecimiento,
Al bondadoso varon
Quise visitar de nuevo.
Cual católico ferviente,
Con estrañable respeto
Besé al prelado el anillo,
De poco valor y precio
A los ojos de los hombres,
Dios Nuestro Señor empero,
Hoy complacido sin duda
Lo ve brillar en su dedo.
Recibióme el Arzobispo
Tan amable, tan risueño
Como siempre, aunque ya estaba
Delicado, asaz enfermo.
Despues que lo saludé,
Le manifesté deseos
De recibir de su boca
Autorizada, consejos
Para evitar estravios

En el camino del cielo,
Cual flaco mortal, que gime
Todavía en el destierro.
Creí prudente, oportuno,
Referirle algunos hechos
De mis juveniles años,
Y hablarle de campamentos
Y de batallas; en suma,
Decirle era yo guerrero,
O soldado, que es lo mismo,
Sin olvidar por supuesto
A mi ya difunta madre,
Que fue de virtud modelo.
Desvió de mí los ojos,
Mas con semblante halagüeño,
Fijándolos con ternura
En una efigie del Verbo,
En un santo Crucifijo
De madera, que sangriento
Aparecía en su mesa
Pendiente de áspero leño.
Sus mudos lábios movia
Claret; en aquel silencio
Sin duda su corazon
Algo pedia al Eterno.
Me miró despues afable,
Y súbito, grave y serio,
De modo que parecióme
Un profeta del Carmelo
Al anuncir la verdad
A los monarcas hebreos,
O de Jehováh intimando

A Israel algun precepto,
Con pausado continente,
A veces interrumpiendo
Sus entrecortadas frases,
Sus lábios así dijeron:

CLARET.

—

XV.

Como Abraham el patriarca,
Modelo de fé asombroso,
De su hijo, el buen Isaac,
Por el sacrificio heróico,
Dejó su pátria y familia,
En suma, lo dejó todo,
Y, al Señor obedeciendo,
A un pais partió remoto;
Asi vos, mi caro hijo,
Ya que deseais tan solo
Vuestra salvacion eterna,
De Francia alejaos pronto,
Dejad el suelo natal,
Cubierto de sangre y lodo,
Que trasformó Robespierre
En cementerio espantoso;
Dias de luto y de muerte,
Dias de horror y de lloro,
Que no olvidan los ancianos,
Mudos de terror y asombro.

¡Justicia de Dios! su diestra,
Cual maza de hierro y plomo,
Cayó sobre la cerviz
Del pueblo obcecado y loco,
Que adoró á una prostituta,
Fiel retrato del demonio,
En vez de adorar á Dios,
Que es nuestro Padre amoroso.
¡Francia infeliz!.... en castigo
Quedó reducida á escombros,
A ruinas, ensangrentadas
Por abominables mónstruos,
¡Francia infeliz! Tambien hoy
De indignacion y de enojo
Está el Señor inflamado
Contra el pueblo y contra el sólio.
¡Pobre Napoleon tercero!
Cual arrastran por el polvo
Arista los torbellinos
Al rugir airado el Noto,
Caerán, caerán hechos trizas,
Emperador orgulloso,
Tu cetro cual débil caña,
Cual choza de barro el trono.
Desventurada Paris
Cuadro menos horroroso
Jerusalen ofreció
A los atónitos ojos
De Tito y de Vespasiano,
Cuando ardia aquel emporio
De real magnificencia,
D grandezas y tesoros.

Huid, hijo mio, huid,
Y en la ciudad do á Jacobo
Visito la Virgen Madre,
Hallareis dicha y reposo.
Al llegar á Zaragoza
Rogad á Dios por los moros,
Y trocad peto y espada
Por casulla y por hisopo.
En la piadosa Academia
Que bendijo Pio Nono,
Bibliográfico-Mariana,
Ingresad luego devoto.
Tras las preces del Breviario,
Himnos de amor melodiosos,
Cantad, cantad á Maria
En vuestro laud sonoro.
Luego que sepais mi muerte,
Decid misas y responsos
Por este indigno prelado,
Que os aprecia cariñoso.

PEREGRINO.

—

XVI.

Calló, y sonrió tranquilo
Al ver fluir de mis ojos,
Hasta humedecer el suelo
De lágrimas dos arroyos.
No bien lo ví en el sepulcro

A pocos dias, muy pocos,
Tomè de España el camino,
Y hace dos horas tan solo
Que admiro de esta ribera
Campos, praderas y sotos,
Y del Pilar allá lejos
El magnífico cimborio.

POETA.

—

XVII.

Bien venido, bien venido,
Peregrino venturoso,
A la invicta Zaragoza,
La de los hijos heróicos,
Los numantinos modernos,
Que postrados en el polvo,
De Maria ante la imágen,
La veneran religiosos.

PEREGRINO.

—

XVIII.

Ya que he tenido la dicha
De hallaros en esta vega,
A la Vírgen celebrando

En sonora cantinela,
Deseo, mi dulce amigo,
Que me hableis de la Academia
Bibliográfica-Mariana,
Fundada en la antigua Ilerda.
El venerable Claret
No me dió cabal idea,
Cual yo esperaba: la muerte
Hizo enmudecer su lengua.
Templad la Lira suave,
Y en sus plácidas cadencias
Conozca yo, cual deseo,
La corporacion aquella.
Yo despues, si me escuchais
Con grata benevolencia,
Ensalzaré en mi laud
La Virgen de la Academia.

POETA.

—

XIX.

Si la providencia un dia
Me condujese á Bohemia,
Al Mogol ó Cafrería,
Nunca olvidarte podria,
O Virgen de la Academia.
Cruel á veces, tenaz
El infortunio me apremia,
Y rezo al punto, y solaz

Me da y dulcísima paz
La Virgen de la Academia.
Del Ganjes afligió un dia
A Lérida la epidemia,
Mas invocó en su agonía
La Virgen de la Academia,
Y halló consuelo en Maria.
A la doncellita Eufemia,
Que es modelo de virtud,
Próxima ya al ataud
La Virgen de la Academia
Restituyó la salud.
Cuando sacrílega boca
De hombre audaz ó mujer loca
Profiere alguna blasfemia,
Mi lábio al momento invoca
La Virgen de la Academia.
A Doña Cármen Valdemia,
Que gemia en afliccion
Por falta de sucesion,
La Virgen de la Academia
Dió fruto de bendicion.
Aunque pobre pecador,
Si Maria mi fé premia,
Sin mas consonante en *emia*,
Recordaré con amor
La Virgen de la Academia.

PEREGRINO.

—

XX.

Admirad conmigo, hermano,
La inspiracion, la prudencia
Y santa sabiduría
De la católica Iglesia.
La Madre de Dios es una,
Es dicir, la augusta Reina
De los ángeles y Santos,
Y de los cielos y tierra.
Es verdad. ¿Mas qué diversos
Títulos hoy la hermosean,
Cual símbolos de su amor,
De su poder cual emblema?
Nuestra Señora del Cármen:
Dulce nombre que recuerda
Del sacrosanto Carmelo
Solitarios y profetas.
¿Y la *Virgen del Pilar*?
Gloria la mayor de Hesperia,
Iman de las españoles,
Prez que otros pueblos veneran
¡La *Virgen de Covadonga!*
En aquella santa cueva
Resucitó con Pelayo
España, que estaba muerta.
La *Virgen de las Mercedes*,

Con su amparo las cadenas
Rompian pobres esclavos,
De los musulmanes presa.
La *Virgen del buen Consejo*:
No ignorais vos, que con ella
Los cristianos afligidos
Dulcemente se consuelan.
Nuestra Señora del Bosque
Proteje en campos y aldeas
De los sencillos pastores,
De los pobres la inocencia.
Con la *Virgen del Buen Parto*,
¿Qué madre piadosa y buena,
A sus hijos cuando nacen
Invocándola no besa?
La *Virgen del mar* anuncia
Que es de los mares estrella,
Y á los náufragos asiste
En peligros y tormentas.
¿Y la *Virgen del Rosario*?
Decid, ¿que español no reza
La *Corona* de Maria,
Blason de la patria vuestra,
Que Domingo de Guzman,
Varon de prosapia régia,
Con sus obedientes frailes
Rezó por la vez primera?
En fin, son tantas y tantas
Las advocaciones bellas
Con que el católico pueblo
A la Virgen pide y ruega.
Que forman una guirnalda

Con inumerables perlas,
En su inmaculada frente
Digna, brillante diadema.

POETA.

—

XXI.

Por eso, mi caro hermano,
Un misionero español,
La Academia de Maria
Allá en Lérida fundó.
Aunque no hace ni dos lustros,
Innumerables ya son
Los varones y mujeres
Que se hallan inscritos hoy.
Apenas hay sacerdote,
Obispo, dama de pro,
Hija del pueblo ó seglar.
Que no tenga aquel honor.
Los próceres de Castilla,
Infanzones de Aragon,
Nobles de Asturias, Navarra,
Cataluña..... qué se yo.....
En fin, de la España toda,
Secundan del fundador
El piadoso ardiente celo,
Obedientes á su voz.
Mañana mismo, si os place,
Apenas asome el sol,

En la basílica, humildes,
Del santo Pilar, los dos
Recibiremos postrados
Cuerpo y Sangre del Señor,
Y podeis poco despues
Honrar la corporacion.
Ahora permitid que cante
El merecido loor
De la Academia. Bondoso,
Oid de mi lira el son.

XXII.

Loor á la Academia,
Sociedad Bibliográfico-Mariana,
Que á los artistas y á los Bardos premia
Con hidalguía y dignidad cristiana.
Quiero cantar ufano
A la Corporacion que Pio Nono
Bendijo con amor y augusta mano,
Rogando á Dios en venerando trono.
Ella con regocijos
La piedad acrecienta de los fieles,
Al dar aliento á los preclaros hijos
De Vitrubios, de Fidias y de Apeles.
O sagrada capilla,
La que la noble Lérida levanta (3).
Para que allí prosternen la rodilla
Siervos y siervas de la Vírgen santa!
En ella, cuando octubre
De sazonado y delicioso fruto
Fértiles campos y jardines cubre,

Dando al Señor de gratitud tributo,
En el solemne dia,
Que celebra católica la España
El amor maternal con que Maria
A la ciudad honró, que el Ebro baña;
Desde hoy en adelante
De Lérida el humilde santuario,
Sabeo aroma al humear fragante
Al pié del ara en fúlgido incensario;
Escuchará loores
A Dios, que el arpa de David inspira,
Y á la Virgen cantar los trovadores
Todos los años en acorde lira:
La Lira que Argensola
Y el gran Leon pulsaron hechicera,
En la lengua cantando, digna sola
De hablar con Dios. que en el Eden impera (4).
Moriremos, hermano,
Nosotros y otras cien generaciones,
Que desparecerán cual polvo vano
Agitado por Notos y Aquilones;
Mas la que en este dia
Los Ilerdenses ven capilla santa
Abrirse para gloria de Maria,
Que á Lucifer humilla con su planta,
Siglos vivirá y siglos,
A pesar del infierno y sus furores,
A pesar de fatídicos vestiglos,
Y de cismas y heréticos doctores.
En el recinto sacro
De aquel humilde y venerando templo
De la Vírgen sin mancha, el simulacro

Allá en remota edad feliz contemplo,
  Y en torno de las aras,
Donde cual sol María resplandece,
Las nobles artes desplegar preclaras
El brillo que al espíritu embebece.
  Ya escuchan mis oidos
En tiempo resonando venidero
Cien cántigas de amor, que enternecidos
El plectro meneando lisonjero,
  Ofrecen los futuros
A Maria perínclitos Poetas
Al pie de aquellos consagrados muros,
Perfumados con rosas y violetas.
  ¡Cuándo, cuándo, Dios mio,
Cantata modular podré como ellos,
Llena de pompa y majestad y brio,
Y fulgurando del amor destellos!
  ¿Por qué, Virgen Maria,
No me conceden, con canoro acento
Al pulsar en tu honor la lira mia,
La tierra suspender y el firmamento?
  Pues tal dicha me niega
La voluntad del cielo soberana,
Mis deseos te ofrezco en esta vega,
Sociedad Bibliográfico-Mariana.

PEREGRINO.

—

XXIII.

  Alados, bellos coros,
Que ante el fúlgido trono del Señor

Su Nombre santo celebrais sonoros,
Ardiendo en llamas del divino amor;
Y tú, fiel mensajero
De las supremas órdenes, Gabriel,
Que en saludar, feliz, fuiste el primero
A Maria, esperanza de Israel:
Desde el etéreo cielo
Inspiradme al pulsar pobre laud,
Mientras ensalzo en bendecido suelo
A la que fué la aurora de salud;
A la segunda Eva,
Hija sin mancha del culpable Adan,
Precursora del sol, que la Ley nueva
Hizo brillar orillas del Jordan.
A la Virgen y Madre
Del almo Verbo, que espiró en la Cruz,
Hija y delicia del Eterno Padre,
Y Esposa del Espíritu, que es luz.
Desde puras mansiones
Que habitais de la espléndida Sion,
Visteis un dia alígeras legiones
A vuestra Reina honrando esta region,
Y visitar la orilla
Del manso Ebro: rio el mas feliz,
Do Santiago doblada la rodilla
A la que holló del diablo la cerviz.
O arcángeles, yo canto
En mis cuerdas la estrella de Belen,
A la que dieron con gozoso llanto
Los pastores y magos parabien.
Feliz, feliz España,
¿Qué zona, qué pais ó qué nacion,

Qué ciudad, qué palacio, quê cabaña
Con respeto no miran tu blason?
Zaragoza cristiana,
Que mis ojos contemplan con placer,
Del Bósforo eclipsando á la sultana,
Ya dichoso por fin te puedo ver.
¿Qué valen París, Roma,
Londres, Berlin, Viena ó Estambul,
Cuyo turbante degradado asoma
Bajo cielo tan fúlgido y azul?
Loor á Zaragoza,
Do á mi piadosa Madre alegró el sol:
¡Cuánto mi pecho de entusiasmo goza
Al ver aquí del alba el arrebol!
¿Qué mucho, Virgen pura,
Que al visitar la cuna maternal,
Anhele yo de amor y de ternura
Ofrecerte mi cántico filial?
España, no contenta
Con tus dictados de sublime prez,
De tu gloria inmortal siempre sedienta,
Otro te da de eterna brillantez.
Tus hijos esparcidos
Por toda Hesperia en fraternal union
Y espíritu de paz, enternecidos
Te muestran su ferviente devocion.
En reciente capilla,
Con la cruz decorado el capitel,
A tí, Virgen, consagran, sin mancilla,
Cual símbolo de amor, otra Betel.
La venturosa Ilerda,
Ilustre por su noble antiguedad,

Y mucho mas porque feliz recuerda
El origen de santa sociedad;
  Aquel pueblo ilerdense,
Mientras piadoso Obispo vuestro altar
Bendiga humilde y con fervor inciense,
El primero tu nombre ha de invocar
  Con el bello dictado,
Con el título nuevo que desde hoy,
Los ojos en tu imágen, y postrado,
Todos los dias á invocar yo voy.
  Virgen de la Academia,
Dichoso yo y felice si, al morir,
Mi amor, fé y esperanza Jesus premia,
Por mi salud tu súplica al oir.

POETA.

—

XXIV.

Virgen de la Academia Leridana,
Refugio de llorosos pecadores,
Y Madre del Señor de los señores,
Que ha rescatado á la familia humana;
Reina del cielo, reina soberana,
Cuando del Hijo compasion implores,
Oye el ruego de amor y los clamores
De tu fiel Bibliográfico-Mariana.

Pues del Ebro en la márgen cristalino,
Que honró tu pié bendito y sacrosanto,
Te place oir plegarias de contino;
A los que te consagran filial canto,
Al poeta, ó Maria, y Peregrino,
Defiende poderosa con tu manto.

Agosto de 1871.

Garpar Bono Serrano.

NOTAS.

---

(1) Alude *al Rosario de mi Madre,* leyenda religiósa en variedad de metros, que publicó el autor en 1866.

(2) Tuve la dicha de conocer y tratar al difunto dignísimo Arzobispo de Trajanópolis, con la respetuosa confianza con que un presbítero debe hablar á un príncipe de la Iglesia, á un sucesor de los Apóstoles. Ademas de sus dotes morales, que eran relevantes en alto grado, su talento no comun y sus letras, le hacian acreedor á la mas alta consideracion. Se levantaba todos los meses del año entre cuatro y cinco de la mañana. Comenzaba el dia, entregándose á la oracion mental y vocal por espacio de dos ó mas horas. Decia Misa, y daba gracias unos treinta minutos. Se sentaba en el confesonario, y si no habia penitentes, continuaba sus oraciones con el diurno ó el rosario en la mano. Si concluia de confesar á las diez de la mañana, tomaba chocolate, menos en tiempo de jubileo, ó del cumplimiento pascual, ó de otras solemnidades de la Iglesia, en que confiesan y comulgan muchos fieles. En tales dias el Sr. Claret acostumbraba suprimir el desayuno. Su cama era la de un religioso de la mas estrecha observancia, y su comida muy frugal. Las demás horas del dia las pasaba en el estudio, en escribir sus edificantes opúsculos, en obras de piedad ó de caridad cristiana. Jamás tuvo coche. Los habitantes de Madrid le vimos mil veces por las calles, lloviendo ó nevando, á pié y con un paraguas en la mano, propio de un cura rural. En los últimos años de su vida, la Reina solia facilitarle carruaje, en cuyo caso únicamente el prelado y su capellan volvian en coche á casa. Su vestido, su calzado, los muebles de su

modesta habitacion, sus libros, todo, en una palabra, respiraba pobreza y humildad. Su conversacion era tan sencilla y edificante como instructiva. Tenia una memoria envidiable y un entendimiento clarísimo, y cultivado además, no solo con los conocimientos teológicos y canónicos, tan precisos en un Obispo, sino con vastas nociones en historia sagrada y profana, y lo que es mas notable, en amena literatura. Cuando yo tuve la honra de presentarle un ejemplar de la biografía del venerable y sabio Obispo de Alva, Marco Gerónimo Vida, quedé agradablemente sorprendido al verle recitar no pocos versos de la *Cristiada* y demás poesías del *Príncipe de los poetas* cristianos. La misma dulce sorpresa esperimenté con la lectura de la *Cesta de Moisés,* que me regaló en aquella ocasion, cuando estudié aquel ingenioso y edificante librito, en que aparecen citados con la mayor oportunidad no pocos versos de Horacio, con la elegante version al pie, hecha tan diestra y magistralmente por D. Francisco Javier de Burgos. Cuando la Reina, en la primavera de 1860, mandó celebrar un novenario en Aranjuez, para dar gracias á Dios y á su Madre Santísima por los triunfos de África, aunque predicaron D. Pedro Arenas, D. Juan Troncoso y otros oradores no menos elocuentes, el sermon del respetable prelado, si no fué el mejor, no fué inferior ciertamente á ningun discurso de los otros predicadores en mérito literario, y sobre todo en uncion afectuosa, en rasgos enérgicos, en pinceles sublimes de amor á la patria, de amor santo á la desgraciada patria que nos vió nacer, con cuyas felicísimas frases enalteció dignamente el orador cristiano el heroismo de nuestros valientes en la guerra de África, lamentando al mismo tiempo, en sentida y bella y hasta poética frase, la muerte de los héroes españoles, que allí sacrificaron voluntariamente su vida por la religion de sus padres, por la honra y dignidad y decoro de su patria, por la gloria de las armas españolas.

Esto no impidió que se dijeran mil absurdos y mentiras y calumnias en Madrid, y hasta en algun periódico, sobre aquel magnífico discurso, que oí con tanto gusto como profunda atencion. Siento mucho no poder estenderme mas esta nota. Si mis lectores desean conocer mas circunstanciadamente las virtudes y religiosos escritos del dignísimo Arzobispo, pueden leer su biografía, publicada por el erudito D. Juan Corominas, respetable Arcipreste de Tarragona, digno continuador de la *Biblioteca de escritores catalanes* del Ilmo. Sr. Amat. Tambien es muy digna de leerse la que se lee en la página 156 y siguientes del tomo I.° del *Manual de biografía y bibliografía de escritores españoles* del siglo XIX, publicada en Besanzon en 1859, imprenta de Roblot. Finalmente, en los *Anales de la Academia Bibliográfico Mariana* pertenecientes al año 9 de la fundacion de aquella corporacion respetabilísima, desde la página 39 hasta la 46, hay una necrología tan edificante como bien escrita del difunto prelado. Te ruego, cristiano lector, que la leas, y de seguro te alegrarás no poco al leer tan bello escrito. Tambien quiero darte una muy agradable noticia, y es que está ya hace tiempo escribiendo la *vida* de aquel Apóstol de nuestros dias una pluma valiente, una *pluma sacerdotal*, en cuya comparacion la mia vale tanto, como valen las *novelas* de algunos novelistas del dia, comparadas con las *ejemplares* de Cervantes. Si yo tuviera á mi disposicion la peñola del Manco de Lepanto, ya hubiera publicado la vida del venerable Arzobispo de Trajanópolis; pero como no es asi por desgracia, tengo que contentarme con esta breve nota á la buena memoria de aquel preclarísimo español, honra de España, honra mucho mas pura y verdadera, que algunos *patrioteros*, que tienen tanto de *patriotas dignos*, como yo tengo de chino ó japonés.

Concluiré esta nota, que se va haciendo larguilla indicando dos *hechos* muy honrosos al ilustre y mas que ilustre di-

funto. Cuando se hundió el trono de Doña Isabel II (á quien Dios bendiga, y conceda resignacion y paciencia en el suelo extranjero), los palaciegos, los Generales y paisanos á quienes habia colmado de beneficios aquella augusta señora, la abandonaron miserablemente. Con mas decoro y nobleza y valor y dignidad se portó en aquella ocasion solemne el dignísimo hijo de Sallent, objeto de estos breves apuntes, por haber seguido al destierro á la desgraciada Reina.

Donec eris felix, multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Otro hecho mas notable. El 4 de agosto de 1849 fué electo Arzobispo de Cuba. cargo que aceptó *obligado por el precepto de santa obediencia*, que como buen católico debia á la Santa Sede el Vicario de Jesucristo en la tierra. Despues de consagrado el 6 de octubre de 1850, emprendió inmediatamente su viaje á la reina de las Antillas. Allí vivió el prelado, como habia vivido antes y despues de renunciar su mitra arzobispal como un santo Obispo de la primitiva Iglesia. En recompensa de su ardiente celo y apostólicas virtudes, al salir del templo en Holguin, donde acababa de predicar la divina palabra, atentó contra su inofensiva y preciosa vida un asesino. Mas la mano de Dios lo salvó milagrosamente, aunque recibió el bondadoso varon una herida grave en el rostro y otra en la mano derecha. *Dichosos y bienaventurados mil veces los que sufren y padecen por la santa causa de la justicia.* Concluyo, lector carísimo, asegurándote *ex imo corde*, que he tenido la mas grata satisfaccion en escribir esta nota, porque si he de decirte la verdad, pocos hombres he tratado en este pícaro mundo, tan virtuosos y dignos de respeto y veneracion como el difunto Arzobispo.

Despues de escrito y de *impreso* ya cuanto precede, he sabido por boca de mi escelente amigo el Sr. D, Antonio de Santiyán, que la *Vida* (á que aludí anteriormente) del difunto Arzobispo, estaba no solo terminada, sino publicada en Madrid. Yo lo ignoraba, ¿Y por qué? Porque á pesar de que se me pasan las horas muertas leyendo libros, se me pasan los dias y á veces las semanas enteras sin ver un solo periódico, ni aun por el forro. Si esto es un pecado, lector carísimo (dudo que lo sea), no me arrepiento, ni mucho menos, y continúo mi nota. De cuanto he leido en pro y en contra del difunto siervo de Dios (que no son pocas páginas), lo que mas merece leerse y aun estudiarse es la dicha Vida, libro de mas de 400 fólios, en 4.°, que acaba de publicar en esta Corte el docto y celoso presbítero D. Francisco de Asís Aguilar.

Antes y despues de la muerte del virtuoso Arzobispo salieron á luz algunos folletos y artículos de periódicos, llenos de absurdos y calumnias contra el ejemplar y benemérito prelado. Haciéndose cargo de ellos el digno historiador D. Francisco de Asís, reduce á polvo y ceniza las equivocaciones y diatribas de los folletinistas, volviendo, como es justo, por los santos fueros de la verdad. La calumnia con su venenosa y mortífera lengua siempre deja algun vestigio: es muy cierto, por desgracia; pero tambien lo es que la verdad, la santa verdad, hija de Dios, consigue tarde ó temprano triunfar de la mentira, disipando las sombras que suelen momentáneamente dejar el error y la mala fé. El Sr. Aguilar es muy merecedor de loa, por haber sabido vindicar dignamente en esta ocasion á un español tan respetable como el difunto prelado respondiendo á los calumniadores con razones de no escasa valía en el terreno firme de la inflexible lógica, y lo que es mas, con indisputables hechos. Aquel buen sacerdote ha hecho con su escelente libro un gran servicio á las letras, á la España y al mundo entero, y especialmen-

te á la virtud, ultrajada por la procaz impostura y la incredulidad.

(3) Cristiano lector, si pasas por la famosa y antiquísima Lérida, tan célebre por la visita belicosa con que la obsequiaron Petreyo y Afranio, tan renombrada por la batalla de cesarianos y pompeyanos, y por su castillo de Garden, que habitaron los Templarios, y por otro baluarte en que está hoy incluida la primitiva Catedral, y por haber sido antes de la Era Cristiana la Ceuta, Cartagena ó Melilla de los romanos (*Illerdam videas*, era una maldicion muy frecuente entre los contemporáneos y conciudadanos de Tito Livio y Ciceron y Virgilio cuando algun jóven calavera hacia algun desaguisado), poblacion, en fin, ilustre por haber estudiado en su antigua Universidad el célebre cura de Vallfogona, y otros ingenios catalanes no menos brillantes que aquel ínclito poeta, muy amigo de Lope de Vega; si vas á Lérida, repito, no dejes de visitar la preciosa capilla gótica, que está acabando de construir en aquellas pintorescas orillas del modesto y cristalino Segre la Academia Biliográfico-Mariana. Cuando en Madrid y en otras poblaciones de la católica España se estan derribando templos, sin temor de Dios y sin provecho alguno del pueblo español, en Cádiz y en Lérida se han levantado de planta una hermosísima Catedral y una capilla muy capaz, para dar culto á Dios y á su Madre Santísima. Loor al venerable y difunto D. Domingo de Silos Moreno, dignísimo Obispo de Gades *Eritrea*, como la apellida Moratin, y loor y larga vida a mi carísimo y respetable amigo el Sr. D. José Maria Escolá, misionero apostólico, fundador de la Academia de María. Nada quiero añadir en alabanza de este ejemplar sacerdote, por no ofender su modestia y humildad cristiana. El digno Obispo citado contribuyó alta y poderosamente á la construccion de la Catredal gaditana, y lo mismo puede y debe decirse del buenísimo sacerdote Sr. Escolá respecto de la

capilla ilerdense, donde desde el año presente, el 12 de octubre, en que se celebra la fiesta de la Virgen del Pilar, comenzará á darse culto á la Madre de Dios ante su santa y preciosísima imagen con la advocacion de la *Virgen de la Academia*, y además á celebrarse los anuales certámenes en loor de la misma augusta Señora; certámenes que tanto contribuyen al cultivo de las Musas cristianas y de las letras españolas.

(4) Alude á la célebre espresion del flamenco Emperador Carlos V, que solia decir, *que el idioma español era el mas adecuado para hablar con Dios.*

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

LEYENDA.

(MADRID PRIMERO DE NOVIEMBRE DE 1871.)

Cuando viví, me dejaron en la miseria: hoy me levantan estátuas que no necesito, y no me hacen sufragios, que tanto anhelo.... Decidles (á los literatos) que en el lugar donde resido, huele mejor el aroma del incienso, que el humo de las alabanzas.

(Cavanilles: *Diálogos, pág. 34 y 35.*)

En clamoreo ronco las campanas
Anunciaban la noche de difuntos,
Noche que á los ateos estremece,
Al recordar la muerte y el sepulcro.
Noche de gozo y esperanzas llena
Para el alma cristiana, para el justo,
Que ruega por sus padres y sus deudos,
Y áun por sus enemigos y verdugos.
En carroza de plata aparecia,

Sin brumas ni celages importunos,
Ruborosa la Luna, cual pudiera
En frio Enero ó en ardiente Julio.
Por la parte del yerto Guadarrama
Rugia el viento bramador y agudo,
Tan sútil y glacial, que parecia
De pulmonías precursor y anuncio.
En manteo de Béjar yo embozado,
Pasaba por la calle, que hasta el vulgo
Pisa respetüoso, porque en ella
Hay un templo de monjas, pobre, oscuro:
Santuario, empero que mi pátria mira,
Y aún todo el orbe de sorpresa mudo,
Porque Miguel Cervantes allí yace
Entre huesos y túmulos oculto,
Sin que puedan los vivos, mal pecado!
Ni al presente, ni en siglo allá futuro,
Al muerto contemplar de tal renombre
Que no cabe en los àmbitos del mundo.
Las Vírgenes esposas del Cordero,
A cuyo sacrificio debe el triunfo
De la hueste infernal feliz el hombre,
Con la divina sangre limpio y puro,
En voz angelical aunque doliente,
Llenas de fé y amor tierno y profundo
Ofrecian plegarias por los muertos,
Que en el convento aquel duermen sepultos.
¡Con qué humildad y devocion las Monjas
Los lamentos del casi moribundo,
Paciente Job, unian á los salmos
Del penitente Rey, del Váte augusto!
Los cánticos austéros de la muerte,

Que al hombre terrenal y polvo inmundo
Hasta Sion elevan, donde el arpa
Del ángel suena en celestial preludio,
Con violencia mis plantas atrajeron
Irresistible, con süave impulso
Hácia el sacro recinto, cuyas puertas
Sùbito abrirse con placer descubro.
En la iglesia penetro, me arrodillo,
Y persigno, y abriendo mi Diurno,
Acompañar las virginales voces
A la luz de una lámpara procuro.
Terminado el responso acostumbrado,
Tras el tercero y postrimer Nocturno,
Alejarse del coro silenciosas
A las esposas del Señor vislumbro.
Quedo solo en el templo, y del Rosario
Una parte rezando continúo,
Ante el ara postrado de Maria,
A quien dirijo en fin este saludo.

II.

Virgen Inmaculada,
Mas que los querubines bella y pura,
Madre del Criador, á quien agrada
Pida su proteccion la criatura;
Si en la triste morada
De penas transitorias y amargura
Miguel Cerventes llora,
Con tu imperial y poderoso manto
Ampárale, benéfica Señora,
Y libre de prisiones

El cántico divino: *Santo, Santo*,
Podrá entonar del cielo en las mansiones.

III.

Cesa mi breve oracion
Y me levanto del polvo,
Y despues que agua bendita
Para santiguarme tomo,
No bien salgo de la iglesia,
A pocos pasos, muy pocos,
Siento que una mano amiga
Me toca blanda en el hombro.
Vuelvo, lector, la cabeza,
Y atónitos ven mis ojos
Un hombre, tan parecido
Como lo es un huevo á otro,
Al buen Manco de Lepanto,
Al soldado valeroso,
Que vertió su noble sangre
Con españolísmo heróico.
Al cinto ciñe la espada
Que ceñia cuando mozo,
Con la que en Argel hacia
Cautivo temblar los moros.
Como blason de su ingenio
En su diestra lleva un rollo
De papeles, distintivo
Prez de escritores y adorno.
—*Dios os guarde, buen hermano*,
Me dice; y su noble rostro
Veo á la luz de la Luna

Tan simpático y hermoso,
Como cuando apuesto y digno,
Sin contar sus treinta agostos,
Por su Dios, su pátria y rey
Logró enrojecer el Ponto.
—*Señor Miguel, y es verdad?*
(Con cariño le respondo,)
Aunque nací en este siglo,
Soy tan feliz y dichoso
Que veros puedo?
—*Dejaos*
De lisonjas y piropos,
Con desenfado contesta;
Y prosigue de este modo;
—»Dios Nuestro Señor permite,
»Venga yo esta noche solo
»A platicar mano á mano
»Con vos por instantes cortos.
»Sois un cura: yo me alegro:
»Pues podeis del purgatorio
»Sacar poetas, que gimen
»En el mas triste abandono.
»El sacrificio incruento
»Cada dia fervoroso
»Ofreced por su descanso,
»Y saldrán de penas pronto.
»De su vivaz fantasía
»Y de su númen fogoso
»Por haber tanto abusado
»En su versos amatorios,
»Hoy, en castigo bien justo,
»Algunos de aquellos locos

»O nécios amartelados,
»De lágrimas dos arroyos
»Sin interrupcion derraman
»Desde siglos ya remotos,
»Lejos de Sion, morada
»De paz, de eterno reposo.
»El Arcipreste de Hita,
»Que olvidando el Sacerdocio,
»Escandalizó á su siglo
»Y siguientes con sus fólios,
»En aquel fuego lamenta
»Y detesta ruboroso
»Sus abominables coplas
»Dignas del mismo Petronio.
»A su lado tambien sufren
»Por sus *juveniles ócios*,
»Cadalso, iglesias, Melendez,
»Arolas, Lista y Reinoso.
»Felices estos mil veces:
»Mas ¡oh dolor! gimen otros
»Sin esperanza y consuelo
»En abismos tenebrosos,
»Porque al Criador negaron,
»A quien lo debian todo,
»Incluso el ínclito ingenio,
»Que ostentaban orgullosos.
»De aquellas negras mansiones
»Sepultados en el fondo,
»Entre enixtinguibles llamas
»Atormentados por mónstruos,
»Llora el romano Lucrecio,
»Que en métro fácil, sonoro,

»Hizo de la vil materia
»La apoteosis y elogio;
»Lloran ciento, lloran mil,
»Que insultaron sin rebozo
»En sus cantares á Dios,
»A Dios, su Padre amoroso.
»El que mas, empero, sufre
»En aquellos calabozos,
»Es el impío Voltaire,
»Vate quizá el mas famoso,
»A quien la cinica Francia,
»Con gran placer del demonio,
»Hoy dia estátuas erige
»Y monumentos gloriosos.
»Tiempo vendrá en que, de llanto
»Y rubor cubierto el rostro,
»Renegará de su hijo
»(A quien llamaba su Apolo)
»De Clodoveo la Pátria;
»La Pátria en que abrió sus ojos
»San Luis, el preclaro Nieto
»Del español D. Alfonso.
»Olvidemos, caro hermano,
»Recuerdos tan dolorosos,
»Y elevando nuestra mente
»Del Altísimo hácia el trono,
»Considerad que allí cantan
»Con laudes y arpas de oro
»Alabanzas al Eterno,
»Mil vates, mil, religiosos.
»El Rey Profeta preside
»Aquellos divinos coros,

»Con el dorado salterio
»Que sonaba en los contornos
»Del Jordan embebecido,
»Cuando á su canto armonioso
»Detenia sus corrientes
»En grato y plácido arrobo.
»Como en los góticos templos,
»Gloria del órbe y asombro,
»A los salmos de David
»Responden melodiösos
»Los cánticos apacibles,
»Los himnos dulces, devotos,
»Del buen Aurelio Prudencio,
»Cisne de Hespéria canoro;
»Tambien en el cielo gratas,
»Al pié del divino sólio,
»Con blanda cítara hebrea
»Del Monárca mas piadoso,
»Cuerdas latinas modulan,
»Que ciudad, donde á Jacobo
»Visitó la Virgen Madre,
»Oyó en los tiempos heróicos:
»En el siglo ya lejano,
»En el siglo venturoso
»De Atanasios, y Agustinos,
»Y Gerónimos, y Ambrosios.
»Feliz España, feliz,
»Que entre sus vates gloriosos
»Cuenta al ínclito Prudencio,
»A cuyo plecto sonoro
»Nombradía deben tanta
»Aquellos heróes famosos,

»Que derramaron su sangre
»En las catastas y potros.
»En las cruces y en el fuego,
»Por el vencedor del Orco,
»Por el Hombre-Dios, á quien
»Plugo morir por nosotros.

YO.

IV.

Señor Miguel, qué alegria,
Qué placer tan inefable
Hoy siente mi corazon
Recordando esas verdades!
Bien claro me demostrais,
Que no habitais este valle
Que habito yo, de miserias
Y llanto y calamidades.
Bien hicisteis en morir
En tiempos (aunque fatales,
Porque *reinaban* los Lermas,
Y después los Olivares,)
Pero no tan desgraciados
Como los dias actuales
Para la infeliz España,
Para esta piadosa madre
De sus hijos; sean buenos
O malos; porque si nacen
De su seno, ella los mira
Con amor puro, entrañable.

Creedme, aquel siglo vuestro,
En que esplendor y realce
Disteis á las glorias nuestras
Con altas heroicidades,
Con el *Hidalgo Manchego*
Y *Novelas ejemplares*,
Y en fin con escritos tantos,
Que viven aun inmortales:
Aquel siglo con razon
Es muy justo que se llame
Siglo feliz, *siglo de oro*,
Y aun de perlas y diamantes,
Comparado con el tiempo,
Con el tiempo miserable,
Tiempo de lujo y de prosa,
Y de escepticismo infame,
En que arrastro yo infelice
Entre mis dolencias graves
Sesenta y cinco Diciembres,
O si quereis Navidades.
Pero dejemos á un lado
Mi ancianidad y pesares,
Ya que gracias al Señor,
Nunca mi valor se abate.
Si dar no largo paseo
En mi compañia os place,
Objetos vereis curiosos,
Que quizá no os desagraden,
Cosas además diré,
Para vos tal vez notables
Por lo raras; aunque algunas
Os incomoden y enfaden.

Mirad, mirad: á dos pasos
De estos sagrados umbrales.
En que Trinitarias Monjas
Custodian vuestro cadáver,
La pared del Monasterio
(Que el cielo defienda y guarde)
Ostenta inscripcion mural
Con el nombre de Cervantes.
Cerca de aqui se conservan
Aquellos humildes lares,
En que vivisteis muriendo
De frio, de sed y hambre,
Sin que os tendieran su mano
Cien Epulónes magnates
Que desde carrozas de oro
Os veían espirante.
Justicia de Dios, justicia!
Los próceres miserables
(Mas nécios que sus lacayos)
Hoy oscurecidos yacen
En soberbios mausoleos;
Y nadie recuerda, nadie,
(Ni aun para rogar á Dios)
Aquellas almas vulgares,
Aquellas almas de cieno,
Aquellos viles farsantes
Que ostentaban relumbrones
Y bordados y alamares
En palacio, ó entre damas,
Sin que uno solo brillase
Por su pluma ó por su acero
En los bélicos combates.

Pobres hombres, pobres hombres!
Requiescant, Amen, in pace,
Y su apellido olvidamos,
Algun dia tan brillante.
Hoy á la puerta de pino
De la casa en que finasteis,
Vuestro nombre en letras de oro
Aparece radiänte,
Atrayendo irresistible,
Como al hierro imán atrae,
A franceses y britanos,
Y prusianos y alemanes,
En fin á cuantos viajeros
Saludan la verde márgen
Y la pradera, que humilde
Besa el régio Manzanares.
Perdonad, porque estas glorias,
(Vanidad de vanidades)
Os he contado: á los muertos
De seguro poco halaguen,
Otro lauro muy mas digno,
De qué no quiero olvidarme;
Os voy á manifestar,
Ya que me escuchais amable.
A este sagrado recinto
Donde acentos virginales
De la tumba en el silencio
Suelen oir vuestros manes,
De tres en tres años viene
Muchedumbre innumerable
De clero, pueblo y nobleza,
En fin de todas las clases.

Despues de oficiar piadoso
Un Prelado respetable,
Por vuestra paz y descanso
Ofreciendo el cuerpo y sangre
De la víctima divina,
Que con bondad inefable
En una cruz espiró
Por los miseros mortales;
Otro obispo, cuya ciencia
Cuyo continente grave
Y piedad realzar suele
Con sus canas venerables,
Sube al púlpito y en breves
Y elocuentísimas frases,
Que enternecen á las Monjas
Y á todos los circunstantes,
Recuerda vuestro alto nombre,
Y sobre todo, la grande
Y ardiente cristiana Fé,
Con que al fallecer besasteis
La cruz de la Redencion,
Aquel símbolo adorable,
Que tanto valor os daba
Contra los turcos alfanges.
Nunca olvida el orador,
Que el católico Cervantes
En vida vistió y en muerte
El franciscano ropage,
Que S. Luis, Sta. Isabel,
Y otros Reyes admirables
Vistieron, á fin de honrar
Con él sus mantos reales.

La humildad de aquellos santos
La Iglesia, cual tierna Madre,
Para ejemplo de los fieles
Hoy venera en sus altares.
Señor Miguel, qué dichosas
Eran aquellas edades,
Aquellos siglos de gloria,
En que cual Sol deslumbrante,
De la Fé el divino fuego
Ardia en pechos leales,
En los españoles pechos,
Que combatian en Flandes,
En Otumba y en Pavía
Y en los secos arenales
De Túnez por sostener
El Católico estandarte!
Siglos de Fé y altas glorias,
En que el Tórmes y el Henares,
Ufanos con los doctores
De sus Universidades,
En sus márgenes oían
Con orgullo á nobles Vátes,
De los Píndaros y Horacios
Alumnos, quizá rivales.
Siglos de Fé y alta gloria,
En que el sábio, el ignorante,
El rey, el pobre y el rico,
Y obispos y sacristanes,
Al ver la cruz sacrosanta
O de María la Imágen,
Erigidas en los bosques,
En vias, plazas ó calles,

Descubrian su cabeza,
A efigies tan venerables,
Persignándose, ó rezando
La Salutacion del Angel:
Dorado siglo en que ardía
Católica Fé, que no arde
En estos dias de horror
Y de prosa abominable.

CERVANTES.

V.

Qué escucho? En la Pátria mia,
En España, do nací
De la Fé el divino fuego
Se puede acaso estinguir!
En el suelo venturoso,
En la nacion mas feliz
Que el astro bello del dia
Alumbra desde el cenit,
Desde que al Ebro dichoso
Visitar y sonreir
Se dignó la Virgen madre
Del que tronó en Sinaí!
En la católica Pátria
De mártires mil y mil
Millares, que consiguieron
Al averno confundir!
De Recáredo en la Pátria,

Y de Pelayo y del Cid
De Isidoros y Leandros
Podria la Fé morir!
No es posible, hermano mio:
Mirad bien lo que decís:
Puede un Español acaso
Convertirse en marroquí!
Esplicad lo que habeis dicho,
O me vuelvo sin oir
Mas palabras al sepulcro
De que hace poco salí.
Dulce Pátria de mi alma!
He sido bien infeliz,
Porque en Lepanto ó Argel
Espirar no merecí,
Cual deseaba impaciente,
Con el religioso fin
De dar mi vida por Dios,
Que en la Cruz murió por mí.
Perdon, perdon, Pátria mia,
Perdon..... más al sucumbir,
No por mi fé contra infieles,
Sino ya anciano en Madrid;
Cuando los santos auxilios
De la Iglesia recibí,
Que tanto me confortaban
En la postrimera lid,
A mi dulce Redentor
Mis deseos ofrecí,
Deseos, que al buen Jesús,
Plugo amoroso admitir.

Yo.

VI.

Señor Cervantes Saavedra,
¡Qué bueno, qué bueno sois,
Como lo canta la Fama
Con su metálica voz!
Hace mas de cincuenta años,
Que no lo ignoraba yo,
Mas tan clara esta verdad
Nunca descubrí hasta hoy,
Que aparece ante mis ojos
Luminosa como el Sol,
Cuando en mañana de mayo
Ostenta su resplandor.
Creedme, señor Miguel;
Al presente hay español,
Y españoles y no pocos,
(Os lo digo con rubor)
Que olvidados del bautismo,
El santo nombre de Dios
Profanan públicamente,
Cual no se hace en el Mogol,
Sin que haya una Autoridad,
Que al audaz blasfemador
Refrene su impia lengua
Con mordaza ó con prision.
Pasmaos: hasta los niños
Y lo que es mucho peor,
Hasta mujeres y viejos

Blasfeman sin ton ni son.
Por supuesto muchos, muchos
Vemos con pena y horror,
Tamaño crimen que á España
Cubre de afrenta y baldon.
Mas puesto que paso á paso
Hemos llegado los dos
A la plaza de las Córtes,
Donde cual digno blason,
La estátua vuestra aparece,
Si algun obstáculo vos
No hallais, sentarnos podemos,
Que estoy fatigado yo.
Soy viejo, señor Miguel,
Y además un reuma atroz
Me atormenta y martiriza;
Tened de mi compasion,
Mirad al frente, mirad
Hecha con arte y prímor
La imágen vuestra de bronce,
Orgullo de la nacion.
Con ella los españoles
Aunque tarde, quieren hoy
Reparar la ingratitud
De aquella generacion
Infame, que en la miseria
De hambre morir os dejó,
Sin que pan ni otro consuelo
Os diera en vuestro dolor.
De San Antonio del Prado
Observad con atencion
La Iglesia que todavia

La impiedad no destruyó.
En ese templo sin duda
Veces mil á Sabaot
Con las rodillas en tierra
Pediais gracia y perdon,
Al augusto Sacrificio
Asistiendo con fervor,
Que un capuchino ofrecia
En santa contemplacion.
Ved aquel mismo palacio
Que el de Lerma levantó
En vida vuestra: Magnáte,
Que mercedes y favor
Al talento y á las letras
Imbécil no dispensó,
Aunque de la ibera nave
El dirigia el timon.
Pobre España, pobre España!
Entonces, siglos en pos
Y al presente, Sandovál
Tiene algun imitador.
Algunos? Inumerables.
No hay en Esperia bribon,
Sobre todo en estos dias
De discordias y de horror,
Que sin ciencia y sin virtud
Cegado por la ambicion,
No pretenda ser Ministro
Diputado ó Senador.
Observad á la derecha
El edificio que alzó
En este siglo la España,

(Turbada con el rumor
De guerra civil sangrienta
Que lustro y medio rujió;)
Para que en él se congreguen
En frecuente reunion
Representantes del pueblo
Casi omnipotentes hoy,
Del pueblo que continúa
Mas pobre que el mismo Job.
Siento deciros, lo siento
Con vivísimo dolor,
Que en Córtes Constituyentes
Un tontiloco negó
La pureza de la Vírgen
Y la existencia de Dios,
Sin que un solo diputado
Pidiera en tremenda voz
Recluyeran al ateo,
Sin mas averiguacion
En una jaula de orates,
De que era merecedor.
Dispensad, señor Miguel,
Mi larga conversacion,
Para probaros, que Hesperia,
Presa de funesto error,
Es mas infeliz ahora,
Que la piadosa nacion,
Donde al dar Vos vuestro cuerpo
Al polvo de que salió;
Con sumisa voluntad,
Con santa resignacion
El alma os plugo cristiana
Entregar al Criador.

CERVANTES.

VII.

Por Dios hermano, callad:
¿Sabeis lo que me afligís
Con ese triste relato,
Que de mi pátria os oí?
Pobre España de mi alma!
Bien hice, bien, en morir
Hace dos siglos y medio
Y de este modo no fuí
Testigo de esa impiedad
Y de la intestina lid,
Que con española sangre
Malos españoles mil
En la época presente
Desean reproducir,
Aunque enrojezcan los rios
Desde Ampurias á Guadix.
Quiera Dios en su clemencia
Los ojos á España abrir,
Para que la luz del cielo
Vea ese pueblo infeliz.
La luz de la fé divina,
Que en Jerusalen y aqui
El Hijo anunció del Trueno,
Valiente muriendo al fin
Por el sagrado Evangelio,
Ay me! Yo no merecí

Por mis culpas una muerte,
Tan cristiana y tan feliz.
Ya no quiero preguntaros,
(Pues fuera pregunta ruin.
Despues de hablar de ateismo
Y de escepticismo vil)
Por las Artes y las Ciencias.
Por la poesía en fin,
Hija súblime del cielo,
Pues no hay nada que añadir

YO.

VIII.

Si me otorgais benévolo permiso,
O príncipe de ingenios españoles,
Antes que dore al plátano y aliso
El Alba con sus bellos arreboles,
Os narraré contemporánea historia,
Digna de luto y fúnebre memoria.

Historia de un poeta sin segundo,
Que hace bañar en lágrimas los ojos,
Por que fué gloria, admiracion del mundo
Aquel cisne inmortal, que sus despojos
Dejó al morir bajo sombrio cielo,
Léjos ay! de su dulce pátrio suelo,

Inspirado cantor, noble Batilo,
Tú que las artes en súblime acento

Celebraste pacífico y tranquilo,
Elevando tú voz al firmamento,
Y de hidalgo civismo dando pruebas,
Como el antiguo Pindaro alla en Tebas.

¿Quién te diria, bardo sin ventura,
Que en estraño pais tu alba cabeza
Ocultaria humilde sepultura,
Despues de fallecer en tal pobreza,
Que no tenias pan para tu esposa,
Compañera en tus penas cariñosa?

¡Y olvidar tus gemidos y miseria
Pudo, pudo infeliz la pátria mia,
Como á Cerventes olvidó la Hesperia,
Cuando por su desgracia dirigia
A la nacion de abatimiento enferma
Francisco Sandovál, duque de Lerma!

No es ilusion: el recto magistrado,
El trovador dulcísimo, divino,
Indigente y anciano y desterrado,
Víctima en fin de barbaro destino,
Con mengua de su pátria y aun del trono
En el siglo murió décimo nono.

A cuantos asaltó despues la muerte
Nobles ingenios de la pátia mia,
Que lamentaron tan aciega suerte
Por criminal desden, por apatía
De los pilotos cien, que han gobernado
El timon inespertos del estado!

¡Cuántos gimen hoy mismo sin consuelo
De prosáica boardilla en el retiro,
Sin escucharlos nadie, mas que el cielo,
Que con amor, del pobre oye el suspiro,
Porque con los poetas no es la España
Madre de amor, si no muger estraña!

Miserables gobiernos que la oprimen!
Miserables partidos que la infaman!
Loor a los ingenios, que aunque gimen,
Su inapreciable libertad proclaman
En la santa y feliz independencia
Que las letras les dán y su conciencia.

CERVANTES.

Hermano, qué estrañais? La Poesia
Bajó del cielo á confortar al hombre:
Predominando escepticismo hoy dia,
¿Habrá mortal, decidme, que se asombre,
Si olvida amor y fé, que ella atesora,
Quien al *aureo becerro* solo adora?

No es hija, no, del cieno de la tierra
La inspiracion del Vate soberana:
Cuanto el mundo en sus ámbitos encierra
Es polvo y sombra pasagera y vana
Para el Poeta al contemplar las nubes,
Y la voz al oir de los querubes,

Su espiritu elevando al firmamento,
Esmaltado de fúlgidas estrellas,

Une con tierno amor filial acento
Al de las almas ínclitas aquellas,
Que al Padre y Hacedor, al Bueno y Santo
Loan cual hijos en perenne canto.

Mas ya brilla el lucero, hermano mio,
Fiel mensajero del fulgor del Alba,
Hora en que debo al panteon sombrío
Volver antes que á coros hagan salva
Con sus plácidos cantos y loores
Las alondras á Dios y ruiseñores.

Oid, oid la voz de la campana,
Que anuncia de oracion la grata hora,
En la torre de iglesia mas cercana,
Donde la Cruz el madrileño adora,
Desde mi tiempo, tiempo ya remoto,
Cuando reinaba el Príncipe *Devoto.*

Ofreced hoy cual sacerdote en ella,
Ofreced incruento sacrificio,
Y á Maria invocad, del mar estrella,
Y el almo Verbo mirará propicio
A los Vates que gimen en el fuego,
Cuyo ardor templa fervoroso ruego.

Orad para que Dios mire cual padre
A la nacion, católica española,
Que visitó su Inmaculada Madre,
A la nacion, que impávida aun trémola
El pendon sacro, Lábaro divino,
Que hizo triunfar al Grande Constantino.

Undeando la cruz, podrá tan solo
Asombrar otra vez con su denuedo,
A cuantos pueblos hay de polo á polo
La pátria del piadoso Recaredo,
Cual asombró del Godo el heróismo,
Cuando venció Pelayo al Islanismo.

GASPAR BONO SERRANO.

ÍNDICE.


LIBRARY OF CONGRESS
0 023 842 979 1